



12-17 OCTUBRE **CIERRE**
DE LA 5ª ACCIÓN
INTERNACIONAL
DE LA MARCHA MUNDIAL DE LAS MUJERES

DOCUMENTO REGIONAL
AMÉRICAS

2020

Presentación

La Marcha Mundial de las Mujeres está organizada en 17 países y territorios en las Américas. Somos mujeres de Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay, Perú y Macronorte de Perú, Venezuela, El Salvador, Honduras, Guatemala, México, Cuba, Estados Unidos y Quebec que *¡resistimos para vivir, marchamos para transformar!*

Esa es la consigna que nos ha unificado entre el día 8 de marzo y el 17 de octubre del 2020, cuando llevamos a cabo nuestra 5ª acción internacional.

Lo hicimos con rebeldía y creatividad feminista, aprendiendo a articular virtualmente nuestras acciones que siempre han sido muy arraigadas en nuestros territorios. Asimismo, desde cada lugar, nos involucramos en procesos de resistencia, solidaridad y mucho trabajo común para sostener la vida y seguir luchando durante esos meses, pues no solamente la pandemia del COVID-19 como también las políticas de los gobiernos de derecha y el poder corporativo atacan la vida en nuestra región.

Nuestra 5ª Acción Internacional ha sido un proceso de construcción de síntesis política, en la cual profundizamos nuestra mirada compartida sobre el actual contexto, los retos y desafíos de los movimientos sociales y el feminismo en las Américas, y especialmente, avanzamos en nuestra síntesis programática sobre qué significa poner la sostenibilidad de la vida en el centro de nuestras prácticas y propuestas de transformación.

Los contenidos que presentamos en este documento regional de cierre de la 5ª Acción son resultado de esa síntesis programática que hemos construido entre las mujeres de la Marcha en las Américas. Ese ha sido un proceso de elaboración colectiva, a partir de tres talleres realizados en los meses de julio y agosto, en los que participaron alrededor de 40 compañeras¹.

Así, el documento cierra la Acción y, desde las Américas, nos posiciona y nos fortalece para seguir juntas como movimiento feminista anticapitalista y antirracista.

¡Resistimos para vivir, marchamos para transformar!

Marcha Mundial de las Mujeres – Américas

Octubre de 2020

¹ Un resumen del debate fue editado y convertido en una serie de tres podcasts que pueden ser escuchados en: <https://soundcloud.com/sempreviva/sets/analisis-feministas-americas>

Mujeres de las Américas en resistencia

Las Américas son una región en la que conviven el principal poder imperialista del mundo – los EUA, con su vecino y aliado Canadá – y América Latina y el Caribe, al Sur, profundamente marcados por esa presencia y por las relaciones que de ahí se desarrollan. Vivir, estar y ser de las Américas, donde los pueblos originarios han resistido a la colonización desde sus culturas, cosmovisiones y espiritualidades, nos marca como una región de luchas y de alternativas desde abajo.

En ese momento, nos marca como región el avance de la derecha y de grupos conservadores. Grupos militares, religiosos fundamentalistas, empresariales y gubernamentales se han aliado para el control de nuestros sistemas políticos y del cuerpo y trabajo de las mujeres. Vía golpes de Estado como los que vivimos en Haití, Paraguay, Honduras, Brasil y Bolivia, se han establecido nuevos ordenamientos jurídicos, institucionales y políticos para sacar los derechos de los pueblos y expropiar los territorios y los bienes comunes.

El mercado quiere controlar nuestras vidas y acabar con procesos de cambio social y de afirmación de soberanía realizados por los pueblos. La ofensiva imperialista en marcha en nuestra región se materializa en la ascensión de gobiernos neoliberales y su alineamiento a las políticas de los EUA. Esos gobiernos se hacen cargo de rescatar antiguas deudas de empresarios, y de alían a las grandes corporaciones para facilitar la explotación de nuestros territorios y trabajo. “Asistimos a nuevas formas de colonialismo. Ahora ya no son carabelas, sino empresas transnacionales” nos recuerdan las compañeras salvadoreñas.

El movimiento de expansión imperialista también tiene costes para los pueblos en Estados Unidos. Al mirar sus realidades encontramos una fuerte precariedad en el trabajo, desempleo creciente, en especial entre mujeres negras y latinas, y tasas de mortalidad por COVID-19 de personas afroamericanas 2.3 veces más alta que de las



personas blancas. Al mismo tiempo, 600 multimillonarios estadounidenses han ganado 434 mil millones de dólares desde que comenzó el cierre general por la pandemia.

El avance del control sobre los países latinoamericanos, la pobreza y violencia contra la población negra y migrante en Estados Unidos y Canadá son parte de un mismo movimiento de reordenar el capitalismo en nuestra región. Denunciamos, pues, que está en marcha acelerada un proceso de reconcentración de riqueza y poder en las Américas.

En el contexto de la pandemia, las muertes son desigualmente repartidas entre los grupos sociales, una vez que también se profundizan las dinámicas políticas y económicas neoliberales. Frente a la crisis económica, el FMI ya ha sacado nuevas líneas de crédito que, sabemos, van a incrementar el endeudamiento de los países. En nombre de la urgencia, esos préstamos se hacen de forma poco transparente, como fue el caso reciente de Bolivia, en lo cual se contrajo una deuda con el Fondo sin la aprobación, por el Congreso Nacional, de los mecanismos de pago. El tema regresa con fuerza en la agenda de los movimientos en Argentina que reivindican: “suspender todos los pagos, investigar la deuda y dejar de dilapidar las divisas disponibles en el pago de una deuda ilegítima, ilegal y odiosa”. En El Salvador, las mujeres denuncian que “la pandemia ha servido para solicitar una gran cantidad de préstamos millonarios y gastarlos sin mayor control y con poca inversión en salud”.

En ese contexto, también hay una creciente incorporación de nuestros discursos feministas por parte de los organismos multilaterales y de empresas. Mientras se habla del impacto diferenciado de la pandemia en la vida de las mujeres, el Banco Mundial con su agenda de economía de cuidados sigue apostando por el endeudamiento de nuestros países, que dejan de invertir en políticas públicas de socialización del trabajo doméstico. Sabemos, porque ya lo hemos vivido, que al otro lado del endeudamiento de los países está la profundización de la desigualdad entre mujeres y hombres.

Un paso adelante en las desigualdades: la pandemia de COVID-19

Las dinámicas políticas y económicas instaladas en el contexto de la pandemia han profundizado las desigualdades. Las medidas de confinamiento han tenido fuerte impacto en los millones de personas involucradas en trabajos informales e inseguros, con una relevante pérdida de ingresos. Las condiciones sanitarias precarias de millones de personas, la baja inversión en salud pública y universal y el restringido acceso al agua limitan la prevención y tratamientos de la mayor parte de la población. Y el teletrabajo y la manutención de la educación de niños y adolescentes en el interior de las casas han impactado directamente la sobrecarga de las mujeres.

Hay profundas diferencias entre gobiernos en cuanto a las medidas frente a la crisis del COVID-19. Estas van desde la insuficiencia hasta la inexistencia de medidas, con casos de negacionismo más graves en Brasil y EUA. Venezuela y Cuba enfrentan restricciones y bloqueos que no han disminuido en medio a la pandemia, al revés. A pesar de la fuerte crisis de abastecimiento provocada en Cuba por el bloqueo económico, se ha respondido con políticas de salud y cuidados frente al COVID-19 en la isla y en otros países. Es el caso de Venezuela, que mismo con el bloqueo está entre los países con menores índices de contagio y muerte por COVID-19 en todo el continente.





Las principales medidas de los gobiernos anunciadas hasta ahora para apoyar a la población han sido las transferencias monetarias, las entregas alimentarias y exoneración o ampliación de plazos de pago para servicios básicos, como el alquiler de viviendas. Pero los recursos públicos dedicados son insuficientes. Se privilegia apoyar a los empleadores, no a las trabajadoras y trabajadores, y no hay políticas destinadas a los y las trabajadoras informales o desempleadas, menos aún para migrantes. El incremento del volumen de trabajo doméstico y de cuidados no ha sido llevado en consideración – y no hay apoyo para las mujeres, ni para sistemas más integrales de cuidado.

Con diferencias entre sí, los países en las Américas han optado por las medidas restrictivas a actividades presenciales. Pero, sin garantizar las condiciones para el aislamiento social, sus acciones son de represión, criminalización y militarización.

En Brasil, el número de jóvenes negros y pobres asesinados por la policía sigue creciendo. La militarización sostiene un Estado racista y genocida. En el caso de Colombia, Ecuador y Chile, la pandemia ha frenado procesos de lucha social importantes. La criminalización de los movimientos sociales y activistas no está en confinamiento.

“El reforzamiento del aparataje criminalizador del Estado post estallido social y ahora en pandemia es brutal. Las fuerzas policiales y de orden se han provisto de una gran cantidad de instrumentos represivos (...) y la promulgación de leyes que atentan el derecho de la protesta, lo que evidencia una preparación del Estado contra cualquier forma de protesta y movilización. No está demás decir que los territorios que se encuentran en disputa frente al modelo extractivista y del monocultivo, como lo es el territorio mapuche y las comunidades que llevan resistiendo siglos, son militarizados en estos tiempos de confinamiento”
(Marcha Mundial de las Mujeres de Chile)

En Honduras hay toque de queda, persecución y amenazas de muerte a activistas, además de la impunidad de los militares en el país. La militarización se profundiza también en Guatemala con el estado de sitio y la ampliación de las funciones del ejército. Los militares son llevados a las calles bajo la justificativa de que es necesario proteger. Pero en tiempos de contagio por COVID-19, recursos que se podría utilizar para

la salud se van a las estructuras de represión como el ejército y las policías, como en el caso de Estados Unidos.

Las Américas son una región de migrantes, desplazados por la guerra, la violencia o graves necesidades económicas. Otro rostro de la represión al éxodo inmigrante es el cierre de fronteras y la situación precaria de las comunidades migrantes en los centros de detención en Estados Unidos. En Quebec, el racismo de las políticas migratorias queda explícito cuando las personas migrantes que se hacen cargo de la cosecha no pueden entrar el país, al mismo tiempo en que son también personas migrantes quienes trabajan y garantizan el funcionamiento de la atención básica de salud.

En muchos países del continente americano, la realidad de las cárceles es que son súper pobladas, en terribles condiciones de higiene, y las personas detenidas, en su mayoría negras y negros, no han tenido el derecho a medidas de prevención. En Estados Unidos, son las mujeres liderando los movimientos de liberación de sus familiares y haciendo frente a las políticas punitivistas y a las corporaciones privadas que hacen cargo de la gestión de las cárceles.



Mercantilización de la vida

Mientras nosotros, los pueblos, morimos por el virus o vivimos en condiciones peores a las anteriores, las corporaciones incrementan sus ganancias y se hacen aún más poderosas, la mayor parte de las veces con el apoyo de los gobiernos de nuestros países. En medio a una crisis sanitaria, la industria farmacéutica impone precios insostenibles sobre medicaciones de uso constante y ofrece falsos tratamientos al COVID-19, como es el caso de la cloroquina.

Lejos de priorizar el bienestar de las personas, la mayoría de los gobiernos han solo han propuesto medidas de emergencia que, en primera instancia, favorecieron al capital internacional, incentivando la reactivación económica en base a la profundización del extractivismo, que sigue como la causa principal de la devastación de los territorios y los bienes comunes. Los impactos son vividos por comunidades enteras que no tienen acceso al agua, volviendo aún más desiguales las medidas sanitarias para quedarse en casa.

En Estados Unidos, comunidades oprimidas no tienen acceso al agua y a la tierra, y los territorios indígenas son sometidos a violencias, desapariciones, además de los casos de violencia sexual. El racismo se refleja en esa disputa de los territorios, y en algunas zonas hay un verdadero etnocidio de los pueblos indígenas. La presión de Coca-Cola y Nestlé hace avanzar la privatización del agua en Brasil. Perú tiene más de 21 ríos contaminados por la minería y figura como el primer lugar, a nivel latinoamericano, en presupuesto por explotación minera, captando US\$ 609.7 millones.

La presión sobre los territorios se ha incrementado por la expansión de las fronteras agrícolas y de proyectos inmobiliarios y





extractivistas que se pretenden parte de la “recuperación económica”, pero que ponen en riesgo comunidades enteras. En el campo en Perú, Brasil, Bolivia y Colombia, la producción de alimentos creció, pero se reconoce a la agricultura familiar. Las grandes empresas responsables por los monocultivos son las que ahora están negociando su “recuperación económica”, que financiada por los gobiernos con recursos públicos mientras pequeñas y pequeños agricultores son atacados y desalojados.

Esos regímenes de muerte ganan espacio y mercantilizan los bienes comunes (tierra, agua, semilla) como si pudieran ser medidos en valor monetario. Eso nos está llevando al colapso del planeta, por una lógica patriarcal que mira a la naturaleza como si estuviera al servicio de las personas y justifica políticas de despojo. Los incendios recientes en Pantanal y la Amazonia, en Brasil, en la costa oeste de Estados Unidos y en la cuenca del Paraná en Argentina devastan áreas gigantescas, impactando también los centros urbanos.

En los centros urbanos, el teletrabajo tiene fuerte impacto en la desigualdad de género. Las posibilidades para el acceso a medios de subsistencia son reducidas, pero no sin presiones e incremento de demandas sobre las mujeres. En Argentina y Chile, nuevas normas han sido creadas para el teletrabajo, lo que se está utilizando para flexibilizar derechos laborales ya existentes. El cierre de las escuelas y universidades, y la educación virtual ponen en evidencia la brecha digital en la región. Mientras en Chile un 80% de las personas tiene acceso a internet, en Nicaragua solamente lo tiene un 25%. La misma brecha se aplica a las oportunidades y posibilidades de realización de teletrabajo. Los cuerpos, las vidas, el tiempo y el trabajo de las mujeres son usados para amortiguar los impactos de la pandemia.

La brecha digital contrasta con el creciente poder de las empresas del sector de tecnologías. Medios de prensa exponen, por ejemplo, que *Netflix* ha duplicado sus ingresos desde el principio de la pandemia, sumando cerca de quince millones de nuevos suscriptores en comparación con el mismo periodo del año pasado. Amazon, por su parte, ha aumentado en un 27% sus ingresos, hasta el punto de haber contratado cien mil nuevos trabajadores tan solo en Estados Unidos para hacer frente al pico de demanda que ha experimentado.

Mujeres, trabajo y vida

Frente a Estados que sólo administran el malestar, las mujeres están al centro de las soluciones. Las mujeres nos hemos organizado a lo largo y ancho del continente, enfrentando la falta de ingresos y gestionando recursos comunes y cuidado de forma colectiva. Estamos haciendo la sobrevivencia cotidiana no solamente en las familias y dependientes sino con experiencias comunitarias organizativas. Somos quienes hacen frente a las carencias de servicios en los asentamientos populares, las que gestionan comedores populares, apoyo con alimentación, abastecimiento de agua y gas.

Eso significa sobrecargar aún más el trabajo invisible y no remunerado, en lo cual se apoyan los programas de “salida” económica y prevención del contagio. Una encuesta muestra que el 50% de las mujeres en Brasil empezaron a cuidar de alguien en la pandemia, en el caso de las campesinas ese número llega a 62%. Sin este trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares y en las comunidades, la economía se detendría completamente y la sobrevivencia sería mucho peor.

Los modos de producción y consumo están pensados para personas que nunca se enferman, que no tienen hijos, que estén dispuestas todo el día para estar en actividades de producción para poder subsistir. Ese sistema social que no cuida es un sistema que pone y la enfermedad en el centro.

La economía capitalista omite el trabajo doméstico y de cuidados, que es empujado cultural y tradicionalmente para las mujeres, y sobre el cual se sostiene el sistema capitalista. En este “quédate en casa” hemos





visto cómo las mujeres hemos sido sobreexplotadas. La pandemia y el aislamiento han significado poner al descubierto con mayor nitidez la crisis de cuidados de la vida humana y la fragilidad de la organización social de nuestro modo civilizatorio. Pero, si al principio del aislamiento social, ha sido posible una mayor visibilidad de la vida en las casas y de todo el trabajo necesario para sostenerla, muy rápidamente eso vuelve a ser invisible, como parte del proceso de naturalización.

La creciente desigualdad y el aislamiento han cobrado su impacto en el incremento de la violencia en contra de las mujeres y niñas. Los números de denuncias de violencia, feminicidios y los pedidos de aborto legal por violaciones son un escándalo silenciado por muchos gobiernos. Grupos conservadores y gobiernos dificultan el acceso al derecho al aborto con la criminalización de las mujeres y la suspensión de los servicios públicos.

En el contexto de pandemia, la precariedad es vivida por una mayoría de las mujeres que exponen cotidianamente su salud para poder solventar la supervivencia de sus familias y comunidades. En la región, son también mujeres el 75% de quienes trabajan en la salud, 80% de quienes trabajan en ventas de alimentos y 95% de quienes laboran en la limpieza.

Los gobiernos y organismos multilaterales, empresas y grandes corporaciones están discutiendo y poniendo en marcha sus soluciones para la crisis que ellos mismos viven frente a la pandemia. Sin embargo, proponen soluciones bajo los mismos principios que organizan la concentración de riqueza y la explotación de nuestro trabajo y territorios.

Las corporaciones han ganado poder en el contexto de fragilidad de nuestras democracias, volviéndose sujetos de la política, avanzando en el cotidiano e imponiéndose como organizadoras de las respuestas post pandemia. Es así que el mercado se quiere presentar como alternativa a la extrema derecha incorporando parte de nuestras reivindicaciones y pintándose de nuevos colores. De hecho, empresas transnacionales se apropian del discurso de derechos de las mujeres para incrementar los niveles de explotación. Ese es el caso de la industria agroexportadoras y/o mineras en Perú, que han admitido un

elevado número de empleadas mujeres, enfrentando jornadas de 12 o 15 horas y sin condiciones dignas, ampliando los niveles de explotación de su trabajo.

Desde el feminismo, queremos cambiar ese sentimiento de “sálvese quien pueda” que emerge del actual momento, y traer propuestas para el hacer en común, teniendo la vida como foco. Afirmamos así nuestra visión alternativa a la economía dominante, cuyo objetivo es el beneficio privado, la acumulación de capital y concentración en pocas manos, donde la vida no tiene cabida.

Por fin, sabemos que la lucha para derrotar el neoliberalismo en las Américas es hoy indivisible de la refundación de la democracia. Eso nos da una nueva dimensión para las disputas políticas y sociales en las cuales el feminismo es esencial. Las elecciones próximas en Estados Unidos seguramente tendrán profundo impacto en nuestros pueblos, ya que la posible continuidad del gobierno Trump sería la victoria de un régimen de muerte y violencia. Nos colocamos en solidaridad con los pueblos estadounidenses y sabemos que, en sus resistencias al autoritarismo e imperialismo, somos todas parte del mismo movimiento. La resistencia y solidaridad de Venezuela y Cuba también nos inspiran y convocan a afirmar el poder popular.



Marchamos para transformar ¿Qué significa poner la vida en el centro?

Las acciones internacionales de la Marcha Mundial de las Mujeres siempre son momentos de síntesis políticas de nuestro movimiento. En el contexto de la pandemia de COVID-19, la creación colectiva de la 5ª Acción no se detuvo, al contrario: nos hizo crecer, aprender nuevas formas y herramientas para seguir construyendo prácticas y propuestas donde la vida y su sostenibilidad estén en el centro, premisa de nuestro “*marchamos para transformar*” que acompaña nuestro “*resistimos para vivir*”.

Poner la vida en el centro es el camino para afrontar el conflicto capital-vida. Nuestra acción está encaminada a la ruptura con el sistema capitalista, heteropatriarcal, racista, colonialista, que destruye la naturaleza y nuestras vidas. Significa afirmar un proyecto político que defiende la sostenibilidad de la vida, que sea capaz de reconocer el conjunto de procesos, trabajos y relaciones que la sostienen – sus aportes, enseñanzas, lógicas y, desde ahí, reorganizarlos. En síntesis, poner la sostenibilidad de la vida en el centro es romper con la lógica de acumulación del capital y organizar la sociedad desde los principios de la igualdad, justicia y solidaridad.





La Marcha Mundial de las Mujeres apuesta por la economía feminista como una herramienta de análisis que nos orienta a entender el mundo para transformarlo. Por lo tanto, nuestro desafío es construir otro paradigma que coloque la sostenibilidad de la vida en el centro, que considere que somos ecodependientes e interdependientes. Entendemos que la naturaleza es la base de la vida. Por lo tanto, se impone romper con las jerarquías y el antropocentrismo, bien como mirar el conjunto de procesos que muestran la centralidad del trabajo doméstico, de los cuidados, la necesidad de su reorganización y la responsabilidad de los varones, las comunidades y el Estado en eso.

Al mismo tiempo, nuestros acumulados muestran como las mujeres sostenemos prácticas económicas basadas en el principio de la sostenibilidad de la vida desde siempre. No es posible un mercado capitalista humanizado y por eso, desde nuestras acciones como movimientos, probamos que hay alternativas y que los pueblos tenemos salidas para la crisis.

Si miramos la realidad donde se sitúan las mujeres, reconocemos que hay una red de la cual formamos parte, basada en concepciones comunitarias, colectivas y del *buen vivir*. Desde ahí se generan experiencias y propuestas que permiten nuestro avance en las alternativas al modelo de muerte y opresión. En los territorios de las Américas, es evidente que el capitalismo, en su ofensiva de ocupación y despojo, tiene como método el acaparamiento, pero también la destrucción de las experiencias alternativas y contra hegemónicas. Los territorios bajo amenaza tienen modos de vida propios que están bajo ataque. Por ello, en nuestra región es evidente que nuestros procesos de organización de la vida en común, desde otras lógicas, son una fortaleza en nuestro recorrido de resistencia permanente.

Es esencial mirar las prácticas que impulsamos, las experiencias de comedores populares, agricultura campesina, las cooperativas de trabajo y de abastecimiento, el fomento a nuevas prácticas de consumo y de producción como huertas comunitarias urbanas y la agroecología

en el campo. Todas son experiencias colectivas basadas en los principios de la solidaridad, reciprocidad y complementariedad. Desde ellas, se evidencian que somos interdependientes, que todas y todos necesitamos cuidado y que los seres humanos y no humanos somos ecodependientes, o sea somos parte de la naturaleza y dependemos de ella.

Muchas de esas experiencias se intensifican en los momentos de crisis profunda, como ahora en la pandemia de COVID-19.

Así, vemos como se organizan las ollas comunes a lo largo y ancho de Chile, los comedores populares en Perú, experiencias conectadas a la memoria de resistencias a las dictaduras. También hemos vistos la intensificación y ampliación de huertas urbanas en varias modalidades en países como Cuba, Honduras, Venezuela, y planteamientos desde las comunidades negras en Estados Unidos con la defensa de la economía regenerativa como resistencia a las “zonas de sacrificio” y al racismo ambiental.

Las cooperativas de trabajadoras y trabajadores de abastecimiento y de consumo organizadas en las ciudades y las huertas urbanas están dando respuestas. Nuestro desafío es masificar esas iniciativas y trabajar en colaboración con otras organizaciones, pensando en las relaciones de reciprocidad, que comienzan con el reordenamiento de los trabajos de cuidados. En Chile, por ejemplo, están haciendo un mapeo de esas iniciativas con el objetivo de visibilizarlas y potenciar su alcance. El reconocimiento de la diversidad de experiencias es también una fortaleza.

El discurso hegemónico de reactivación de las economías en nuestra región está dirigido a “salvar” las empresas. No refleja la realidad de las economías campesinas, artesanas y las formas como las mujeres seguimos en las calles buscando el alimento para nuestras familias,





garantizando con nuestro trabajo doméstico y militancia la vida en nuestros barrios y comunidades. Eso es muy evidente en nuestra práctica y principios de construcción de movimientos. No separamos en nuestra acción la economía y la política. Es por eso que toda nuestra resistencia en Chile, Brasil, Bolivia o Venezuela enlaza la resistencia económica y política de las mujeres en movimiento. Desde nuestra experiencia, podemos afirmar que la economía de los cuidados no ha dejado de funcionar en la pandemia.

Las economías campesinas, agroecológicas, de pescadoras y pescadores están más activas que nunca, actuando desde la solidaridad, y son las que garantizan los alimentos en nuestras casas. En Brasil, ha sido muy importante la existencia de redes consolidadas y en construcción, entre el campo y la ciudad, de consumo solidario y agroecológico para lograr el acceso a alimentos sanos en una crisis que también se caracteriza por la especulación de los precios.

Por todo eso, consideramos necesario afirmar una vez más que nuestras experiencias de economía feministas son propuestas de construcción de sociedad, no solo formas de sobrevivir a tiempos de crisis, bloqueos y emergencias. Probamos desde nuestros territorios y nuestra diversidad que sí, hay otras formas posibles, viables y deseables de organizar la vida – la producción, la reproducción – basadas en lógicas emancipadoras, que reconstruyan los comunes y las comunidades, incluso con el horizonte de superar las dicotomías y jerarquías entre producción y reproducción.

Hace años, en alianza con los movimientos campesinos hemos construido las luchas por la soberanía alimentaria y agroecología como estrategia. Hoy hablamos de agroecología feminista, y por ese camino hemos construido prácticas y síntesis potentes. Cada vez más, apostamos políticamente por *ruralizar lo urbano*. En los patios productivos y huertos urbanos, miles de mujeres producen alimentos y alternativas. La ciudad se ruraliza al aproximar el campo y las periferias urbanas, estableciendo circuitos cortos entre productoras y consumidoras, en donde la agroecología sostiene nuestra alternativa a la agricultura de mercado y a las cadenas de supermercados transnacionales.

En el tema del “quédate en casa”, hay que decir que también los territorios urbanos están en disputa. Desde el feminismo, afirmamos que los territorios urbanos son una alternativa. Queremos hacer visible que la comunidad y el territorio son parte esencial de la supervivencia, de los cuidados y de la búsqueda por alternativas compartidas, y que el trabajo en la casa no es la única forma de sostener la vida.

Estamos poniendo nuestros principios en práctica y construyendo alternativas desde la auto organización popular y las experiencias comunitarias y locales que nos indican caminos para cambiar la economía.

Como movimiento de mujeres anticapitalista, estamos hace mucho tiempo defendiendo la vida y los territorios, y denunciando la violencia machista y racista y los retrocesos democráticos en nuestros países. Reivindicamos el rol político de la participación de las mujeres diversas y diferentes, y queremos ser actrices políticas en la formulación de los planes durante y post pandemia.

La crisis política, sanitaria y asistencial que vivimos en nuestros países está potenciando, encubriendo y justificando la violación de derechos de las mujeres y de derechos fundamentales de la población en general.

Aprendimos con nuestras compañeras que la memoria, las vivencias, experiencias, saberes y conocimientos, desde lo personal y lo colectivo, nos hacen comprender que es el cuerpo de las mujeres el lugar donde se ha marcado una historia plagada de violencia, despojo, racismo y





discriminación. Pero al recuperar el *continuum* de violencia, también nos enseñan a mirar el *continuum* de las resistencias, de la resiliencia y de los conocimientos situados en las prácticas ancestrales para el cuidado de la vida.

El enfrentamiento al racismo es parte de nuestras acciones y alternativas para poner la vida en el centro. El capitalismo se estructura en una división sexual y racista del trabajo y también en una división internacional que profundiza las desigualdades entre Norte y Sur global.

Desde el movimiento de mujeres, recuperamos, defendemos y cuidamos el agua, las semillas, la tierra, las relaciones armónicas, de afecto, cuidado y las prácticas ancestrales para la vida. La defensa de la sostenibilidad de la vida está basada en otra forma de pensar y hacer economía: una en que se valorizan todos los saberes y tipos de trabajos, se reconoce la contribución de las mujeres y se respetan los ciclos y tiempos de la naturaleza.

Todos esos principios y prácticas se suman al proceso de lucha colectiva en la que disputamos el presente y nuestro futuro como humanidad y planeta. Es parte de esta lucha enfrentar y romper con la mercantilización de la vida y fortalecer la dimensión de lo público y lo común. Es desde aquí que miramos el rol del estado y las políticas públicas. Los gobiernos y Estados que necesitamos son aquellos que ponen en el centro la vida de sus pueblos, que construyen sus políticas públicas con la participación popular, que trabajan por la consolidación de un poder popular autogestionario, libre de racismo y patriarcado.

El reconocimiento y reorganización de los trabajos que sostienen la vida y de la reproducción social de forma general no pueden darse desconectados de lo que se considera la “producción”. Al poner la sostenibilidad de la vida y sus procesos en el centro, planteamos cambios en todo el sistema de producción, distribución y consumo. Significa replantear qué producir, cómo producir y para quienes, tanto como qué consumimos y cómo eso llega a nuestras comunidades y hogares.

Es un reto fundamental para enfrentar sistémicamente la lógica del despojo, del extractivismo, de la explotación y expropiación del trabajo que hoy es hegemónica.

Poner la vida en el centro en las Américas también significa enfrentar la militarización y la política carcelaria que, articuladas, actualizan el racismo en Estados Unidos, en Brasil, en casi todos nuestros países y fronteras. Las economías del Norte se sostienen en el trabajo precarizado de migrantes en las áreas de servicios y cuidados, así como la vida de las élites blancas se sostienen en la precarización del trabajo de personas racializadas. Luchar por la liberación y por una región sin muros es por lo tanto una clave en nuestra agenda transformadora, tanto como lo es ampliar nuestra lucha por garantizar la paz en nuestros países. Garantizar la paz significa desmilitarizar las policías, darles fin a las bases militares de los EUA en nuestros países y interrumpir agresiones intervencionistas, bloqueos y sanciones del gobierno de los Estados Unidos a países soberanos como Cuba y Venezuela.





Por todo eso, afirmamos que es parte de la sostenibilidad de la vida:

- La libre autodeterminación de los cuerpos y territorios;
- Volver la mirada a nuestra historia, memoria, conocimientos y prácticas ancestrales de los pueblos originarios y afrodescendiente y las mujeres;
- Cambiar la manera de consumir, producir, reproducir la vida y el intercambio para su sostenimiento;
- Visibilizar, reconocer y, sobre todo, reorganizar el trabajo doméstico y de cuidados, con corresponsabilidad entre varones, comunidades, Estado y mujeres;
- Concebir sistemas de justicia que no refuercen la opresión y reconozcan la ciudadanía de migrantes y de la diversidad de identidades sexuales;
- Pueblos soberanos y democracias que se basen en el poder popular;
- Servicios públicos que garanticen la reproducción social y Estados que construyan desde lo común el reconocimiento de valores comunitarios como la autogestión;
- Desmercantilización de la vida y el fin del poder de las transnacionales;
- Enfrentar la financiarización de la vida y el endeudamiento, fortalecer la economía real, la economía al servicio de la humanidad, en armonía con el planeta y el resto de sus habitantes.

Dinámicas de los movimientos, respuestas feministas y populares: desafíos para nuestra acción

La pandemia llega en un momento singular en las Américas. Por un lado, vivimos un avance de la ultraderecha en casi toda la región, lo que implica tanto más pérdidas de derechos y conquistas cuanto el recrudescimiento de medidas arbitrarias y coercitivas, como lo son los bloqueos y sanciones a Cuba y Venezuela. Por otro lado, la reacción de los pueblos: estallidos, levantamientos populares, grandes movilizaciones en países como Chile, Ecuador, Colombia, resistencia a la dictadura en Bolivia, crecimiento de la articulación popular en Estados Unidos contra Trump, eso por nombrar algunas.

En este contexto, el confinamiento necesario para hacer frente a la pandemia presenta a las organizaciones sociales desafíos para mantener las movilizaciones y acciones de resistencia, sobre todo en los países donde gobiernos de derecha instrumentalizan la pandemia para justificar represión (como en Chile) y militarización de territorios (como en Honduras y Guatemala).

La dinámica actual de los movimientos sociales y del feminismo pone la necesidad de conectar el momento con la historia de resistencia y organización en nuestra región. Solo así podremos comprender cómo nuestras respuestas al contexto actual tienen una relación dialéctica con esa experiencia histórica.

Desde esa memoria, de dónde venimos y quiénes nos anteceden, tenemos una fuente de enseñanza doble: comprender las violencias que hemos vivido y todavía vivimos, pero también las resistencias y alternativas que nos han permitido sobrevivir.

La resistencia al colonialismo, la afirmación de nuestras identidades como pueblos y la reivindicación de nuestra soberanía popular son luchas que imbrican la búsqueda por superar la dominación y opresión

de clase, raza y género. Desde ese enfoque pudimos incorporar otras dimensiones, como la sexualidad, cultura y memoria – nuestra pluralidad – incluso en el debate sobre el Estado. Hemos acumulado la comprensión anticolonialista de que la defensa de nuestros territorios no se resume a un lugar: defendemos nuestros cuerpos-memoria-territorios. Esa perspectiva ha sido impulsada en nuestro continente por las resistencias de las mujeres indígenas y afrodescendientes.

En los últimos 60 años, nos orienta la esperanza de una profunda transformación desplegada por la revolución cubana. Hemos enfrentado a la fuerza del imperialismo estadounidense, siempre teniendo la estrella de Cuba como una referencia y una fuerza anticapitalista.



Feminismo y lucha popular

Nuestra trayectoria histórica como pueblos en esta región define especificidades de la organización de las mujeres y del feminismo, aunque es importante señalar que hay elementos comunes y otros muy diferentes en las experiencias de las mujeres en América del Norte, América del Sur, Centroamérica y el Caribe. Recordamos la presencia de las mujeres en todas las luchas de resistencia a la esclavitud, al colonialismo, luchas por independencia de las mujeres negras, indígenas y del conjunto de la clase trabajadora. Reconocemos la pluralidad y diversidad del movimiento feminista en la región.

Podemos mencionar experiencias como la de Quebec, que con la decisiva participación feminista en la Revolución Tranquila en los años 1960 obtuvo la inspiración y sabiduría para empezar a tejer la propuesta de la Marcha Mundial de las Mujeres a finales de los años 1990. En los EUA se desarrollaron varias corrientes, como el feminismo radical en los años 60, una importante corriente socialista y, sin duda, la gran contribución del feminismo negro. Al mismo tiempo, también se desarrolló un sector liberal que puso grandes desafíos para los sectores del feminismo popular en su compromiso garantizar la existencia y desarrollo de una lucha para la transformación del mundo y de la vida de las mujeres.

La organización de la Marcha Mundial de las Mujeres en América del Norte está marcada por un proceso intenso de solidaridad.





Son ejemplos las acciones de las mujeres del Quebec contra el extractivismo y el impulso que hacen las compañeras de los Estados Unidos de un feminismo desde la organización popular, antirracista y antisistémica. Es importante visibilizar también las articulaciones con las organizaciones indígenas, así como la presencia de la lucha LGBTQI desde la perspectiva de los sectores populares.

Hace más de cien años que, en América Latina y el Caribe, las experiencias de organización de las mujeres tienen presentes las ideas feministas, y es notable su actividad y aporte en los procesos revolucionarios de la región. Los feminismos y las organizaciones de mujeres tienen una existencia permanente y cotidiana en todas las luchas populares, campesinas, indígenas, afrodescendientes, sindicales y de la juventud.

La experiencia feminista aquí también estuvo marcada por un proceso de institucionalización y *ONGeización* en los años 90, que buscó la cooptación y restricción de la acción crítica del movimiento a los marcos de políticas focales y normativas funcionales al neoliberalismo. En la dinámica del movimiento, eso significó que las voces disidentes enfrentaron silenciamientos.

En toda la región, la resistencia al neoliberalismo fue enmarcada por luchas contra los Tratados de Libre Comercio y la OMC, luchas fundamentales para la retomada de un campo popular y anticapitalista del movimiento de mujeres. En este marco, a partir de 1998 se empieza a organizar la Marcha Mundial de las Mujeres. En el 2000, se concreta su primera Acción Internacional y, con ella, se organiza una gran movilización callejera, construida desde los sectores de base y populares. La Marcha Mundial de las Mujeres se volvió una voz en contra del neoliberalismo cuestionando las causas de la pobreza y de la violencia y manteniendo una posición crítica y radical contra el modelo capitalista heteropatriarcal y racista. Se constituye, así, como un movimiento basado en la solidaridad internacional que marca su visión y acción antiimperialista.

Nuestra construcción combina la auto-organización de las mujeres con la alianza entre los movimientos sociales. Eso es parte de nuestros principios organizativos y nuestra visión política en la que el conjunto de mujeres auto organizado en los movimientos sociales mixtos forma parte del movimiento de mujeres y es fundamental para la fuerza del feminismo.

Destacamos en nuestros recorridos las alianzas internacionales con la CLOC/Vía Campesina, los sindicatos y la Confederación Sindical de las Américas y el ambientalismo popular de Amigos de la Tierra Internacional. En estos 20 años, hemos impulsado, en alianza potentes, procesos como la campaña contra el ALCA y articulaciones como ALBA Movimientos y la Jornada Continental por la Democracia y contra el Neoliberalismo.

La Marcha Mundial de las Mujeres, en su caminar de 20 años, ha comprendido las diferencias dentro del feminismo. Nuestra organización sabe que eso implica una disputa de posiciones y construcción de consensos. Sabe que el desafío es construir procesos unitarios, desde el debate y creación de agendas comunes que respeten la diversidad, sin fragmentar la unidad necesaria para la lucha.

Hoy, a 20 años de nuestro inicio como movimiento, abrazamos nuevas dinámicas, ampliamos nuestra convocatoria y construimos un movimiento intergeneracional, reconociendo los aportes de las jóvenes. Hay, en las Américas, una explosión feminista en las calles que da mucha fuerza y energía. De nuestra parte, nos planteamos cómo tejer puentes con esas nuevas oleadas de mujeres y movilizaciones



para fortalecernos mutuamente. Al mismo tiempo, nos preguntamos por quiénes están quedando fuera de los reflectores mediáticos y cómo solidarizarnos también con sus luchas.

En nuestro territorio hacemos frente a una contraofensiva conservadora. La ofensiva contra la “ideología de género” propuesta por los sectores más reaccionarios de la derecha plantea que los derechos de las mujeres y personas de la comunidad LGBTQI no son legítimos porque impiden los derechos individuales de aquellos que defienden la supremacía blanca, masculina y judeo-cristiana.

El ejercicio colectivo de entender cómo las opresiones se interrelacionan y cuáles son las fuerzas e intereses que están en pugna en nuestros territorios es diario y continuo. Para las mujeres que estamos en procesos de lucha y organización, es una realidad que el avance de los poderes conservadores impone tensiones políticas tanto a lo externo de los movimientos populares como a lo interno de los mismos. Seguimos escuchando que el feminismo divide la lucha mientras vivimos en los cuerpos violencias y acoso de supuestos compañeros. Siguen invisibles los trabajos de sostenibilidad de la vida necesarios tanto para nuestras comunidades como para que el activismo sea posible.

Como feministas, estamos enfocadas en generar espacios de debate, de reflexión, de encuentro y de diálogo entre diversas organizaciones y movimientos para visibilizar las alternativas y enfrentar la ofensiva de la derecha y las crisis actuales.



Las respuestas feministas al COVID-19

¿Cómo se aterrizan en el contexto actual de pandemia nuestros principios y valores como movimiento: la igualdad, libertad, solidaridad, paz, justicia, desde el internacionalismo feminista y popular? Es una pregunta que nos hacemos como región.

Es clave en nuestra fuerza como movimiento el desarrollo de prácticas basadas en la solidaridad, y esa es una exigencia fundamental para garantizar la sostenibilidad de la vida frente a los peligros y riesgos de la pandemia del COVID-19. En las Américas hay una generación constante de movimientos sociales, propuestas, experiencias de solidaridad y cooperación que apuntan a la reorganización de la vida social en nuestra región.

La solidaridad está en el origen de nuestro movimiento

Con solidaridad sorteamos la coyuntura. Es esa una práctica política que está en nuestro origen y, en medio de la pandemia, es más necesaria que nunca. Nuestra solidaridad es una de las piedras fundacionales de la sociedad que queremos y por la que luchamos

En Brasil, la Marcha Mundial de las Mujeres viene articulando acciones de solidaridad como centro de su estrategia política en la campaña por “Fuera Bolsonaro”. Las acciones de solidaridad anclan y fortalecen la economía centrada en la vida, la autonomía de las mujeres, la soberanía alimentaria. Las experiencias de donaciones de alimentos fortalecen los vínculos entre grupos de mujeres agricultoras, y resta fuerza a las cadenas de supermercados que pretenden aumentar sus ganancias en la emergencia sanitaria. Todas esas acciones impulsan procesos de educación popular sobre la necesidad de repartir la riqueza y poner impuestos a las grandes fortunas.

En Chile, desde octubre del 2019 en el estallido social, las mujeres se involucraron en las múltiples asambleas territoriales. La pandemia y la crisis en los territorios más marginados y abandonados por el Estado y sus políticas públicas se enfrentan desde múltiples experiencias de organización de las comunidades, orientadas a resolver esta necesidad vital por alimentos. Las ollas comunes son expresiones de esa organización. Son espacios generalmente liderados por mujeres que



se levantan a cocinar diariamente para entregar alimentos a personas que lo necesiten. Esta es una práctica que siempre se ha realizado.

En Venezuela, las mujeres enfrentan al bloqueo desde la organización comunal: por el alimento, la siembra en el campo y la ciudad, el compostaje, las plantas medicinales, el conocimiento compartido y fortalecimiento de su hacer en lo local.

En Honduras, las mujeres impulsan los huertos urbanos y han avanzado en la construcción política de soberanía alimentaria. Hacen resistencia permanente a la criminalización de protestas y de líderes sociales y al despojo de territorios.

En Cuba, las lideresas de base son las encargadas de ser el vínculo entre las políticas públicas y de contención a la pandemia del gobierno revolucionario y el pueblo, y una de sus iniciativas es impulsar patios urbanos productivos como apoyo a las economías familiares. Las organizaciones feministas han centrado su accionar en establecer protocolos para la acción y contención de fenómenos como la violencia hacia las mujeres, niñas y niños que, en la isla, como en todos lados, ha sufrido un incremento debido a las condiciones de confinamiento.

En Estados Unidos, la organización popular de las mujeres está enfrentando al COVID-19 y va más allá. Denuncian que el COVID-19 puso en evidencia la incapacidad de las infraestructuras económicas y de bienestar en Estados Unidos de servir a la población. Las mujeres afroamericanas se suman activamente a sus compañeros varones en defensa de las vidas negras. En esta coyuntura, los movimientos han pasado de la resistencia y movilización a la presentación de propuestas, como la agenda de desinversión a la policía y la recuperación económica regenerativa y feminista.

En todos los rincones del continente, las mujeres resisten en sus casas, a veces de forma solitaria, sufriendo amenazas y agresiones de los varones con quienes viven. Las mujeres se organizan por redes sociales como forma de compartir información y apoyar sus iniciativas económicas. Hay que evidenciar esas “micro resistencias” y el hecho de que, aunque toda la familia esté en casa, son las mujeres quienes

siguen encargadas de todo el trabajo doméstico, del cuidado y la contención al COVID-19.

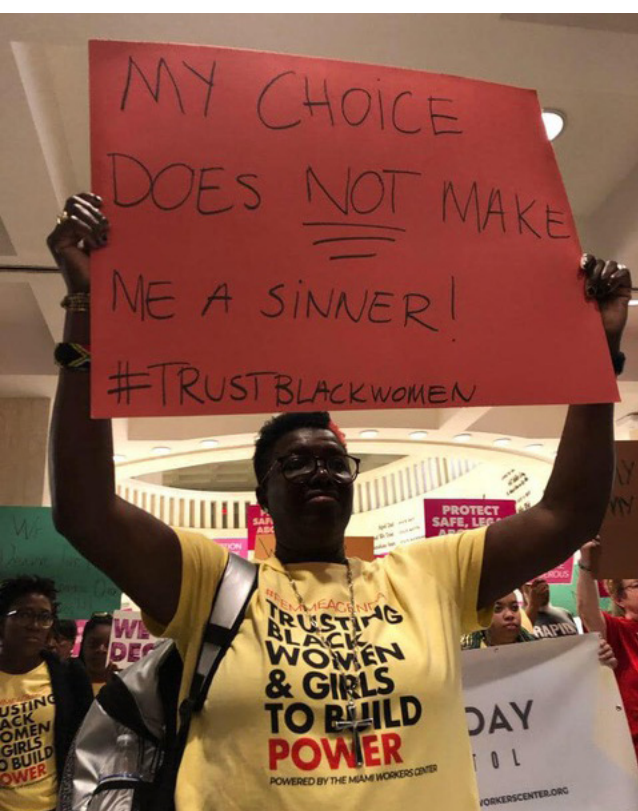
La separación entre lo público y lo privado sigue existiendo y se actualiza en la pandemia, obligando a la reconcentración de la vida en las casas. Al mismo tiempo, las mujeres toman el espacio público para hacerse visibles.



Desafíos de la Marcha Mundial de las Mujeres en el contexto de la pandemia y en el marco de nuestra 5ª Acción Internacional

Es fundamental que presentemos con fuerza nuestra propuesta de cambio como respuesta a la crisis. Para eso, tenemos que consolidar nuestra fuerza y legitimidad para incidir y posicionar nuestro proyecto político. Eso significa fortalecer el feminismo anticapitalista y antirracista como un proyecto común. Nuestro proyecto emancipatorio está basado en la libertad y autodeterminación de las mujeres y pueblos, en la libertad para decidir sobre nuestros cuerpos, sexualidades y territorios.

Un gran reto es la construcción colectiva, pues así como no hay una salida individual para las personas, tampoco hay para los movimientos. No es posible impulsar alternativas de forma aislada. Por eso, la construcción de las alianzas es algo estratégico. Cada día nos encontramos con más y más organizaciones en las calles y en la construcción de alternativas, pues con ellas forjamos nuevos vínculos que permiten sostener y ampliar nuestras luchas. Es tan importante para nosotras fortalecer las alianzas ya fraguadas como seguir reconociendo sujetos políticos colectivos que impulsan acciones antisistémicas y que pueden profundizar su vínculo con lucha feminista.



Sabemos lo difícil que es construir un movimiento internacional anclado desde lo local. El doble movimiento de tejer y concretar en lo local, regional y global supone influir agendas, construir síntesis políticas en la lucha anticapitalista, antirracista y antipatriarcal e impulsar los cambios culturales, sociales y políticos en las bases. En los procesos de construcción de alianza, es clave avanzar en la agenda antipatriarcal, lo que significa combatir los “micro machismos” tanto como las expresiones de violencia y acoso sexual contra las mujeres y las disidencias sexuales.

Buscamos que todos los movimientos con quienes nos vinculamos compartan una mirada ampliada sobre la economía y la sostenibilidad de la vida. Sabemos que para impulsar cambios en la producción necesitamos la creación de modelos de producción no extractivistas y que respeten la naturaleza. También reconocemos la necesidad de encuentros con mujeres de otros movimientos para transversalizar el cuidado en nuestras organizaciones aliadas, considerando que esto es parte de las soluciones compartidas que estamos construyendo.



Redacción y edición del texto: Alejandra Laprea, Carmen Diaz, Mafalda Galdames, Martha Lidia Godinez, Marilys Zayas Shuman, Nalu Faria, Sarah de Roure y Tica Moreno, a partir de los aportes de los talleres de la Marcha Mundial de las Mujeres de las Américas que ocurrieron en julio y agosto de 2020.

Revisión y portada: Helena Zelic.

Ilustración: Paulina Veloso.

Diagramación: Heleni Andrade y Isadora Maldonado.